

CAPÍTULO XII

DOS CARTAS

Dos meses después de casada, recibió Modesta la siguiente carta, fechada en París:

«Mi querida Modesta: Muchas veces me habrás llamado ingrata y olvidadiza, y sin embargo, no soy ni lo uno ni lo otro: sólo he sido siempre muy desgraciada, y la desgracia hace olvidarse de todo menos de llorar.

»Mi marido... vale más que no te hable de él: estas cosas no son buenas para que la pluma las estampe, sino para confiarlas á una amiga con su mano entre las nuestras.

»Te creo ya casada y dichosa. Tú, Modesta, has recibido del cielo uno de esos destinos tranquilos como un lago, transparentes y puros como el cielo; yo he sido dotada con una estrella fatal: quizá era uno de esos pocos seres privilegiados, destinados á un perpetuo martirio para conquistar con él la gloria de los justos; sin embargo, no

he sabido luchar, y voy cayendo de abismo en abismo.

»He hallado hace algún tiempo una amiga buena, noble y leal, y que me ha hecho pensar en ti; su dulce influencia me hace ceder á todo lo bueno, y me ha dado, á no dudarlo, el pensamiento de escribirte. Si la conocieras, la amarías, porque es angelical, y porque es además viuda de un gran pintor como tu padre.

»Tú, digna hija de un artista; tú, Modesta, buena, sencilla, poética, la sabrías apreciar mejor que yo, que toda mi vida he sido prosaica; y á pesar de eso, es tal el encanto de Margarita, que funde la dura capa de hielo que envuelve todos mis pensamientos, y les da el dulce calor de la sensibilidad.

»Nada quiero decirte de mis asuntos conyugales, porque, si aún no te has casado tú, no quiero revelarte cosas que debes ignorar, y si estás casada, no quiero tampoco apesadumbrarte; tú debes ser muy dichosa, y no deseo alterar la plácida tranquilidad de tu vida.

»Sólo te hablaré de un rinconcito azul de este nebuloso cielo. Tengo una hija, una niña hermosa como un ángel, y que se llama Luz: ya cuenta cerca de un año, y es el encanto de mi vida.

»¿Y... mi hija mayor? Ya ves si será grande el influjo que ejerce sobre mí la virtud de Margarita, cuando ha dado entrada en mi corazón al afecto de madre para con esa niña. Modesta, aunque eres muy inocente y presumo que ignorarás la parte más amarga y más terrible de mis penas, no creo que ignores el primer capítulo del libro de mi desgracia... Y bien...: yo odiaba á esa hija desventurada, y ahora me interesa y me complace su destino... ¿Sigue bajo la protección de Berta? No me he atrevido á escribir á ésta, porque mi funesta belleza—que sólo he conocido que exista para labrar mi desdicha—la causó á ella también terribles disgustos, que tuvo la generosidad de ocultar, pero que yo adiviné muy bien... Dime tú, pues, mi buena Modesta, si mi hija está aún amparada por su caridad, porque yo desearía tenerla conmigo... ¡La idea de que esa criatura desventurada gime en una aldea, de que no conoce más cuidados que los mercenarios que el dinero paga, roba la tranquilidad á mis días y el sueño á mis noches!... Mi marido, al casarnos, quería traerla á nuestro lado; y aunque ahora ha cambiado mucho para mí y yo para él, le recordaré su deseo de entonces.

»Adiós, mi buena y querida Modesta; escríbe-

me para decirme que eres dichosa, y para hablarme de Lágrimas.

•Te abraza tu amiga

DOLORES. •

Cuando la joven terminaba la lectura de esta carta, sonó la campanilla de la puerta de entrada.

—Es Luciano—se dijo enjugándose las lágrimas que bañaban sus ojos:—él también se alegrará de saber de mi pobre amiga.

Y corrió á su encuentro con la carta abierta en la mano.

—¿Qué es eso? ¿Por qué estás tan conmovida?—preguntó Luciano admirado.

—¡Toma, lee! ¡Carta de Dolores!

—¡Ah! ¿Ya dió señales de vida?—preguntó Luciano con alguna frialdad.

—¡Cómo!—exclamó Modesta:—¿no te alegras de saber de ella?

—Más quisiera que para nada se acordara de ti; no me ha sido jamás simpática esa joven, y temo que acabará mal. Pero vamos á tu cuarto y leeré su carta, para que no me llames injusto.

Ambos esposos entraron en el tocador de Modesta, y su marido, sentándose, leyó la carta de la señora de Benavente con atenta lentitud.

—Si me das permiso, voy á romper esta carta—dijo después á su mujer:—no te conviene tenerla ante la vista.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha hecho mi pobre amiga?—exclamó la joven.

—Nada; pero hay en esta carta algo duro y helado, que petrificaría también tu corazón si fuese menos bueno y tierno, y que, á lo menos, te hará sufrir. Yo te aconsejaría que no la contestases; pero de hacerlo, que sea lo más lacónicamente posible: no le hables de tu dicha, de tus ilusiones; porque, por más que ella te diga, no te comprendería.

—¡Cuán injustos sois todos los hombres! ¿No ves con cuánto afán desea llevar á su lado á su hija?

—¿Y eso qué prueba? Un capricho, ó acaso que la soledad la abrume... Pero, mi querida Modesta, no quiero entristecerte—prosiguió Luciano, tomando entre las suyas las manos de su mujer:—deseo que creas toda la vida á las mujeres buenas como tú y, como tú, dulces, sencillas y piadosas; deseo que no conozcas jamás de cerca una de esas naturalezas desordenadas como la de Dolores, uno de esos caracteres de hierro, vengativos, firmes, helados... Déjalos que hagan su

triste carrera, y sigue tú por la fácil senda de la virtud y de la resignación cristiana.

—¿Pero no quieres que responda á esta carta?
—insistió Modesta.

—Ya te he dicho que lo hagas, si lo deseas, pero con reserva: la reserva es una de las pocas cualidades que recompensa largamente á quien la posee. Me retiro á mi despacho á fin de dejarte en completa libertad.

Luciano salió después de besar á su esposa en la frente: ésta quedó pensativa y triste durante algunos instantes.

Luego se sentó delante de su pequeño bufete, y escribió á su amiga las siguientes líneas:

«Mucho placer he recibido con tu carta, mi querida Dolores: ya sabes que fuiste la sola amiga de mi infancia, y jamás he podido olvidar aquellos venturosos ratos que pasábamos las dos, con nuestros juguetes y muñecas, al lado de mi buena madre.

«Veo que tú no eres feliz, y lo siento, aunque no me ha sorprendido: jamás he visto á tu marido, pero sé que tenía muchos más años que tú, y, á mi parecer, se ha de hacer juntos la carrera de la vida. Comoquiera que sea, no eres del todo des-

graciada, puesto que tienes dos hijas que te sirvan de consuelo y compañía.

«Lágrimas sigue en la aldea. Berta llegó de Italia, donde ha estado bastante tiempo, para ser madrina de mi casamiento, verificado hace dos meses. Quién es mi marido no hay para qué decírtelo, ni tampoco que soy feliz: él ha sido mi primero, mi solo y mi único amor. Es verdad que merece ser amado así, y que ni á mis ojos, ni en mi entendimiento, hallo con quién compararle.

«Yo he sido más dichosa que tú. Pero escucha, Dolores, porque tan ignorante y falta de mundo como soy, me atrevo á decirte una opinión mía, á la que irá unido un consejo: si la primera te parece necia, no me hagas caso...; si el consejo te lo parece también, perdónalo á mi buen deseo.

«Mira, yo creo que todos nacemos destinados á sufrir, ya de un modo, ya de otro: las personas de gran talento son, en mi pobre opinión, las predestinadas á las grandes luchas, porque Dios, en su bondad, da el trabajo según las fuerzas; las débiles se agitan en un terreno más mezquino, y sólo tienen que combatir con vulgares contratiempos; pues bien, amiga mía, yo creo que tú per-

teneces á los primeros y yo á los segundos: si Dios te da penas más grandes, es porque sabrás combatir las mejor que yo; ten valor, pues, para mirar frente á frente á la desgracia, y para vencer las dificultades de tu situación.

«Ten paciencia y confianza en Dios, y pídele la fortaleza necesaria: en las grandes pruebas Él es el solo consolador.

«Á fines de mes van á ésa un amigo de Luciano y su esposa, y ellos te pueden llevar á Lágrimas. El domingo pasado fuí á verla con Berta á casa de su nodriza: está cambiada completamente, y si no bonita, es en extremo graciosa. Si quisieras dejármela, yo me quedaría con ella; pero conozco que en ninguna parte estará la pobre niña como al lado de su madre.

«Adiós, mi querida Dolores: en medio de la dicha tranquila en que vivo, al lado de mi esposo, de mis amados padres, de mis queridos hermanitos, siempre tiene un recuerdo para ti tu invariable amiga

MODESTA.»

Terminada la carta, fué la joven con ella en la mano al cuarto de su marido.

—Está escrita por ti, y basta para que sea una

obra perfecta—dijo Luciano después de haberla leído:—en ella hay una parte de tu alma, que es el reflejo más bello que podías darle.

Luciano cerró la carta, la que, después de ponerle Modesta el sobre, fué enviada al correo.

CAPÍTULO XIII

EL ÁNGEL BUENO Y EL ÁNGEL MALO

Algunos días después, Dolores escribió á Berta rogándole que le enviase á Lágrimas con los amigos de Luciano, y dándole gracias en los términos más afectuosos por los cuidados que le debía su desgraciada hija.

La carta terminaba con estas palabras:

«El cariño que profeso á mi hija menor me ha hecho conocer que tampoco podía olvidar impunemente á su hermana: ambas han hallado vida en mi seno, y olvido que la una me ha traído la desgracia.

»Adiós, Berta; y si alguna vez piensas en mí con amargura, acuérdate de que soy desgraciada, acaso más que cuando tu generosa bondad me acogió en tu casa. El matrimonio me ha traído nuevos y más crueles sinsabores: es un lazo odioso que detesto, y que considero como una pesada

cadena que comprime todos los afectos más nobles del corazón.

»Tal vez tu pura moral hallará absurda esta opinión mía. Ya sé que para ti es sagrada la palabra matrimonio: yo creo que el género humano sería mucho más dichoso si esa palabra se aboliese.

»Florestán no me ama ya; yo á él le profeso una cosa muy parecida á la aversión; y, sin embargo, henos aquí perdidas las ilusiones de entrambos, y atados con unos lazos que sólo puede desatar la muerte.

»Perdóname, Berta, y compadece esta naturaleza fatal que he debido al cielo; esta imaginación que todo lo vuelve sombrío; esta alma enferma, que se alberga en un cuerpo joven y lleno de vida; esta sed insaciable de mi espíritu, que busca algo, y no sabe lo que es.

»¡Si pudiera rezar! Pero la oración se escapa fría de mis labios. Todo lo que he visto y tocado es lodo, menos tú y Modesta, que sois dos flores delicadas; mas, ¡ay!, ¿de qué os sirven vuestros aroma y pureza? Sólo de recrear á vuestros esposos, hombres llenos de defectos y que seguramente valen mucho menos que vosotras.

»Berta, me canso de vivir, y no me doy la muerte porque la voz de mis padres, tan vene-

randa para mí, resuena en mis oídos, y me dice: «¡Vive! ¡esa es tu expiación, ese es tu deber!»

»Quiero ver si la inocente sonrisa de mi hija desterrada calma este huracán desolador, que brama y se enfurece en el fondo de mi alma. ¿No te acuerdas, cuando éramos niñas las dos, el pavor que nos causaban los días que el viento azotaba los cristales? ¡Pues este pavor es el que nuevamente hiela mi espíritu á todas horas! ¡Qué horrible torbellino hay dentro de él! Este París, con su oropel, con su galantería, con sus diversiones, es un terrible desierto para mí; en ninguna parte hallo la santa verdad, el amor, el entusiasmo, la fe, que se albergaban en mi corazón en días más bellos, y que tan temprano me arrebató la traición de un hombre. Todos los afectos que mi belleza inspira son impuros. Venga, pues, mi hija, y tal vez sus inocentes abrazos traigan la paz á mi alma: dos años mayor que su hermana, ya sabrá sonreírme. Berta, mis hijas son el pedazo azul del cielo de esta noche horrible que me envuelve.

»Cómo he llegado á caer en este marasmo moral, es cosa que no sé. Á fuerza de verlo todo pequeño, á fuerza de despreciarlo todo, todo lo he aborrecido: y es que en mi carácter duro, violento y dominante, que mi pobre y santa madre co-

nocía tan bien, no hay ni un átomo de indulgencia: si en el cielo se puede llorar, yo creo que allá arriba llorará también, al verme envuelta en tan terrible naufragio.

» Adiós, Berta. Mi destino se va ennegreciendo cada día más; sólo hay aquí una débil luz, que aún me enseña el buen camino: una pobre viuda, tan grande, tan noble como yo soy pequeña y miserable. ¿Por qué no puedo imitarla? ¿Por qué me pesa tanto la cruz de la vida, que Dios quiere que lleve sobre mis hombros? No lo sé, ni lo adivino en las meditaciones de mis largas noches sin sueño. ¡Dios mío! ¡tan marchita á los diez y ocho años! Sólo arde en mi corazón una llama que anima mi vida: ¡el deseo de la venganza!

DOLORES.»

Esta carta pinta mejor que todas las explicaciones el estado moral de Dolores.

Tal vez los lectores inocentes, aquellos cuya juventud conserva aún todas sus ilusiones, me acusen de haber creado un tipo que no existe; pero no es así: existe, y de ello responde la autora de este libro.

De aquel temperamento fatal, sólo se podía culpar á la desgracia. Si Dolores hubiera segui-

do viviendo al lado de sus buenos padres; si no hubiera sido ultrajada, vendida en su primer amor; si se hubiera casado con el Conde, ó con otro joven de posición más modesta, jamás hubiera faltado á sus deberes, pues su alma era noble y generosa.

Pero la mano aleve de doña Angustias la precipitó desde el luminoso centro de amor y de ternura en que vivía, á un abismo de tinieblas. La muerte le arrebató á su padre, víctima de la vergüenza de su falta; la desesperación hizo presa de su madre; su amante se casó con otra; ella misma, sintiendo ya su corazón helado por el dolor y el desengaño á la edad en que el de otras mujeres aún no ha empezado á animarse, se unió á un hombre que no amaba, y este hombre se fué despojando del barniz de amor y de distinción que le hacía tolerable á sus ojos, y quedó en la desnudez de sus vicios y de su prematura decrepitud, del mismo modo que un pordiosero arroja el manto recamado de oro que robó para cubrirse, y muestra sus andrajos y sus llagas.

Hasta después de casada con aquel hombre, no se había sentido Dolores verdaderamente degradada á sus propios ojos. Y este odioso lazo sólo podía desatarle la muerte.

Aunque no amase á su marido, quiso saber al menos la causa de su desvío, segura de que procedía de una mujer: ya no era el amor, sino el amor propio herido lo que en ella se sublevaba y gritaba enfurecido; indagó, y á través de los desórdenes de la vida de aquel viejo y atildado Florestán, descubrió su pasión por la Condesa de Elvén.

La que le había arrebatado á su amante, le arrebatava también á su marido, quien, ya olvidadas esas consideraciones que pueden llamarse *el pudor del matrimonio*, la trataba de la manera más brutal.

Ciegamente enamorado de los mimos, de la languidez y del aspecto dulce de Rita, todo en Dolores le parecía odioso: su naturalidad le irritaba; su belleza le parecía dura; su elegancia, vulgar; y muchas veces, después de un altercado, se permitió decir á su mujer:

—Eres mi esclava, y yo dueño absoluto de mis acciones: yo te rehabilité y te di una posición casándome contigo, pues estabas perdida á los ojos del mundo.

Dolores devoró estas ó parecidas injurias. Sola en aquella inmensa ciudad, donde á nadie conocía, siempre sola con sus sombríos pensamientos,

se preguntaba algunas veces si estaba tan destituida de mérito que así la despreciase un hombre tan abyecto en lo moral y en lo físico como su marido.

¡Desgraciada! ¡No sabía que para tales hombres, cuanto más grande es la perfección, más la detestan siendo suya la mujer que la posee!

Su primer impulso fué ir y llenar de injurias á la Condesa; pero echó una mirada sobre sí misma, y retrocedió llena de amargura.

—¡No!—dijo:—¡no quiero ponerme delante del marido de esa mujer que tanto me ha afligido y ultrajado! ¿Acaso es el amor de Florestán un bien que merezca disputarse? Busquemos distracciones por otra parte.

Dolores se abonó en el mismo día á la ópera, aceptó algunas invitaciones de comidas y *soirées*, y se mandó hacer algunos trajes nuevos y elegantes, que no pudo pagar, porque su marido no le daba ya ni la más pequeña cantidad para alfileres.

Contentóse, pues, con encargar á la modista que llevase la cuenta á su marido,

Florestán frunció el ceño de un modo terrible al ver aquel documento, y llamó á su mujer.

—Dolores—le dijo:—á consecuencia de algunas empresas desgraciadas, mis haberes se han redu-

cido mucho: te lo advierto para que no contraigas más deudas, que no podré pagar. Toma esta cuenta, que tengo que devolverte insolvente.

—Pero, caballero—repuso la joven con indignación,—¿no se considera usted en el deber de vestir á su esposa?

—Mi esposa no necesita por ahora de esos trajes.

—¿Y de dónde quiere usted que yo los pague, ya que están hechos?

—Es cosa en la cual nada tengo que ver.

Lágrimas de despecho brotaron de los ojos de Dolores: quiso hablar, y la cólera anudó la voz en su garganta.

Tuvo, pues, que contraer una deuda de ocho mil francos, que una de sus amigas le prestó al instante.

Era aquélla una de esas aventureras que, bajo las formas de la más perfecta elegancia, viven de explotar á los incautos, y la única mujer que visitaba á Dolores con alguna asiduidad.

Se llamaba Coralia, y se decía viuda de un general muerto en una de las campañas de Napoleón; pero nadie había conocido jamás á monsieur de Senanges, que era como ella nombraba á su difunto marido, y cuyo apellido conservaba.

Á pesar de sus treinta y seis años, Coralia era aún admirablemente hermosa: bien es verdad que el tocador tenía mucha parte en su belleza.

Sus cabellos negros y sus ojos azules formaban un precioso contraste; tenía la boca graciosa y fresca, y el talle elegante y lleno de distinción.

Sus maneras eran exquisitas; su talento penetrante y su poética manera de expresarse, prestaban un encanto indecible á su conversación; era algo melancólica y no poco estudiada en todas sus palabras y ademanes; pero este estudio estaba teñido, por decirlo así, de una gracia tan delicada y seductora, que se la admiraba tal como era, y no se la deseaba de otro modo.

Madame de Senanges conoció bien pronto con su gran talento cuánto partido podría sacar de Dolores y de qué modo podría empujarla hacia el abismo de la perdición en que ella había caído desde hacía tanto tiempo.

El origen de aquella vida de molicie y de placer había sido el mismo; sólo que Coralia era hija de padres humildes, y conoció á su seductor en el taller de una modista.

Abandonada por él, y sin hallar, como Dolores, una protectora como la Marquesa de Villafiorida, adulada, solicitada, buscada por cien adoradores,

Coralia, que no tenía fuerzas para luchar, se dejó caer en los brazos del placer y en la vida cómoda, blanda, fácil y elegante con que se la brindaba.

Dolores la conoció por casualidad: en unas corridas de caballos tenían los asientos en la misma tribuna y muy inmediatos: hablaron durante el espectáculo: ambas se hallaron encantadoras y se separaron amigas.

Al día siguiente, Dolores fué á visitar á madame de Senanges, que la recibió con entusiasmo y la acarició con efusión.

Dolores se creyó dichosa con la adquisición de aquella amiga, por la que olvidó casi del todo su reciente amistad con Margarita Warner.

Todas las buenas semillas que la mano de aquélla había depositado en el corazón de Dolores, fueron destruídas por el soplo abrasador de Coralia: eran el ángel bueno y el ángel malo de aquella joven alma, que fluctuaba, enfermiza y triste, sobre los negros abismos de la duda.

CAPÍTULO XIV

CIENO

Serían las nueve de una serena noche de Mayo cuando Dolores, sola en un saloncito de confianza, donde tenía costumbre de estar, se hallaba jugando con su pequeña hija Luz, la que se reía sobre su falda.

La señora de Benavente había comido sola: ya hacía muchos días que le sucedía lo mismo, y si le hubiera dicho su marido que quería comer con ella, lo hubiera sentido mucho, pues prefería la soledad á semejante compañía.

La antorcha nupcial puede arder débilmente por poco tiempo: si no la reaniman el amor ó el sacrificio, se extingue por completo.

La habitación estaba bien amueblada. Los balcones, abiertos por sentirse ya una temperatura agradable, dejaban oír el continuo rodar de los carruajes y el tumulto de la calle Vivienne.

Del techo pendía una lámpara de alabastro que daba una luz plácida y velada, y sobre una conso-

la había un candelabro dorado cargado de bujías.

Un criado alzó de pronto la cortina de seda, y anunció:

—¡La señora Vizcondesa de Senanges!

Tras el anuncio, entró Coralia en el salón.

Su traje de seda lila era de una sencillez encantadora; un sombrerito de blonda blanca dejaba ver las masas de sus soberbios cabellos negros.

En sus rosadas orejas brillaban dos diamantes de cuatro mil francos cada uno.

Era de estatura casi igual á la de Dolores, y delgada, por la que su aspecto era tan juvenil como lleno de gracias.

La doncella de Dolores acudió á recoger el sombrero de la Vizcondesa, pues ya sabía que, cuando iba á aquella hora, era para pasar largo rato al lado de su señora.

—¡Ay, querida mía!—exclamó Coralia:—muy mal has hecho en no venir á dar una vuelta al bosque: te has perdido un espectáculo divertidísimo: el de ver á tu marido solito con la Condesa, y al Conde á caballo siguiendo la carretela de su mujer con una mirada de fuego, y no atreviéndose á llegar hasta ella por no faltar á las leyes del buen tono.

Al hablar así, madame de Senanges jugaba con

la rica cadena de su reloj, y manifestaba la misma ligereza é indiferencia que si hablase á Dolores del asunto más trivial.

Ésta, por su parte, hizo también un gesto de suprema indiferencia.

—Pues sábetelo—dijo Coralia respondiendo á aquel gesto—que todos te compadecen.

—¿Por qué?—preguntó Dolores admirada.—Lo que me sucede á mí es demasiado común para que se fije la atención en ello.

—Te equivocas: es muy común, en efecto, que los maridos gusten más de las esposas ajenas que de las suyas propias; pero lo que no se ve es que las esposas abandonadas hagan lo que haces tú: que se metan en el rincón de su casa. Todos creen que sientes con un dolor de muy mal gusto la conducta de tu marido y que te pasas la vida llorando; por eso dicen: «¡Pobre joven!»

—No he salido contigo—dijo Dolores,—porque no me sentía buena hoy.

—Escucha, amiga mía—dijo Coralia tomando la mano de Dolores, en tanto que la pequeña Luz se iba durmiendo tranquilamente sobre las rodillas de su madre:—me han dicho que haces visitas á una pobre mujer de la vecindad..., á no sé qué viuda... que vive de bordar...; ¿es eso cierto?...

—Sí—respondió Dolores como ruborizada de esta confesión:—sólo hace tres meses que la conozco... Me dijeron que era muy desgraciada... y quise socorrerla.

—¡Ah, ah, ah!; ¡la caridad!—exclamó Coralia entre una carcajada.—Pobre niña, ¿no sabes que tal vez ella te ha enviado esos informes para explotarte?

—¡Si le daba dinero á cuenta de unos trabajos que le encargué, y no lo admitió!

—Para engañarte mejor después.

—¡No!—exclamó Dolores:—¡es imposible! Si tú la vieras...

—Renuncio á ello: la pobreza me causa horror y me da malos pensamientos. ¿Á que ha sido esa mujer la que te ha inspirado la idea de que pidas á tu otra hija?

—No...; ella nada sabe de mi triste historia; pero es verdad que, al verla tan feliz rodeada de sus hijos, tan dichosa en su pobreza, he pensado en reunir yo también á mis dos hijas en torno mío.

—¿Ya ha llegado la mayor?

—La espero mañana.

—¡Oh, qué vida te aguarda, pobre amiga mía!—exclamó madame de Senanges uniendo las ma-

nos con terror:—esclava para siempre de estas dos niñas, y sacrificando por ellas tu juventud y tu belleza...

—¿De qué me sirven ni la una ni la otra?—preguntó Dolores con amargura.—Una y otra se consumen en el tedio, y deseo darles alguna ocupación.

—¡Pero qué terrible ocupación! En fin, el mal está hecho: has pedido á tu hija, y te la envían; ahora sólo hay que mirar la cuestión por el lado bueno: tal vez la presencia de esta niña te dé la venganza de su padre.

Coralia dejó escapar estas palabras como al descuido y jugando con las cadenillas que pendían de su brazaletes, rematando en preciosos dijes esmaltados de pedrería; por el contrario, al oirlas Dolores, dejó asomar á sus ojos toda su alma.

—¿La venganza?—repitió con voz sorda y anhelante.

—La venganza más completa, querida Dolores. Yo, si estuviera en tu lugar, haría pasar á la niña todos los días por delante de sus ojos, y la enseñaría á que le llamase papá: verías la denegosa Rita, que te entretiene á tu marido, la cara que pondría.

—¿Y qué me importa que le entretenga?—

preguntó Dolores con triste indiferencia.—¿Acaso le amo yo?

—Sin embargo, tu amor propio debe estar terriblemente lastimado—repuso la aventurera, que como un espíritu infernal se complacía en atizar el fuego de todas las malas pasiones de Dolores.—Esa mujer se casó con el Conde sabiendo que era tu novio, y luego, sin amar á tu marido, porque vale muy poco para su juventud y su belleza, juega con él como para decirte: «Ya ves que siempre voy delante de ti».

—No, Coralia—repuso Dolores:—no supongo en esa joven tan depravadas intenciones. No dudo que ella sabía que Gonzalo debía haberse casado conmigo; pero creo que siempre ha ignorado la existencia de Lágrimas... ¡Oh!; ¡la causa de mi desgracia es el haber puesto mi primer amor en un hombre cuya clase era mucho más elevada que la mía! ¿Por qué le traería el destino ante mis ojos? ¿Por qué no me ha cabido la suerte de unirme á un joven modesto de la clase media, de la clase de mis padres y de la mía? ¡Aquél se hubiera honrado llamándome su esposa: éste creyó honrarme eligiéndome para su querida!

—¡Magnífica suerte es la que echas de menos! —exclamó Coralia riendo á carcajadas.—¡La cla-

se media! ¡Bella sociedad!; ¡bellas costumbres!; ¡vida agradable!

—¡Mis padres fueron en ella muy dichosos!—dijo Dolores en voz baja y enjugando una lágrima que, como gota de rocío, pendía de sus largas pestañas.

—Pero, querida mía, eso no es decir que tú puedas serlo—repuso Coralia dejando su tono zumbón por otro serio, pues aquella peligrosa mujer sabía cambiar de expresión con la más rara facilidad.—Yo respeto mucho la memoria de tus padres, y creo que su modestia y sus virtudes les haría fácil una existencia pobre, ignorada y obscura. Desgraciadamente, los hijos no nos parecemos casi nunca á los padres, y cada nueva generación aspira á más: por eso adelanta la civilización; de lo contrario, el mundo estaría estacionado. Vamos, por Dios, Dolores, no te desanimes. ¿Tu marido te ultraja? ¡Véngate de él!

—¿De qué manera?

—¿No está ahí lord Sheridan? ¿No está ahí el Conde, que así que vea á su hija volverá á tus pies?

—¡Lord Sheridan!—repitió Dolores como admirada.

—Lord Sheridan, que te ama, que está loco

por ti. Si fueras libre, bien pronto serías una de las más grandes señoras de la orgullosa Inglaterra.

El ruido de un carruaje y la campanilla del portero, que anunciaba una visita, suspendieron en los labios de Dolores la contestación que iba á dar.

Un instante después se oyó el llanto de una criatura pequeña.

Dolores, que había depositado á su hija menor dormida sobre los cojines del sofá, se levantó como movida por un resorte.

—¡Aquí está ya mi hijal—dijo; y por un movimiento irresistible se lanzó á la puerta al mismo tiempo que alzaba un criado la cortina.

Un caballero joven, seguido de una criada que llevaba en los brazos una criatura como de dos años y medio, se detuvo en ella y saludó á Dolores.

—Caballero—dijo ésta invitándole á ocupar un asiento:—no esperaba á mi hija hasta esta noche muy tarde, ó mañana de madrugada: por eso no me ha encontrado á la llegada de usted para recibirla.

Al decir estas palabras, recogió á Lágrimas de los brazos que la conducían, sentóse y la colocó

sobre su regazo, abrazándola con melancólica ternura.

La niña estaba, en efecto, desconocida: sus negros ojos hacían olvidar su nariz algo levantada y su tez morena por la intemperie y embastecida por la vida del campo; su boca era bonita, y una hermosa cabellera negra se rizaba sobre su frente y sienes.

Lágrimas, si no era una niña hermosa, era una criatura llena de gracia.

—Hemos tardado, en efecto, menos de lo que esperábamos—dijo su conductor.—Y ahora que ya dejo á la niña en poder de usted, señora, le pido el permiso de retirarme.

Levantóse dicho esto, y saludó á Dolores con alguna frialdad: era que conocía á Coralia, pues había pasado largas temporadas en París.

Dolores, á un tiempo admirada y ofendida, no quiso dirigirle ni una palabra de cortesía, y se limitó á saludarle con la misma glacial expresión que él había usado.

La pequeña Luz se había despertado á la llegada de su hermana.

Luz, al ver á la otra niña, acalló el llanto y se puso á jugar con ella: era la primera vez que veía á otra criatura de aquella edad cerca de ella, y su

aspecto la llenó de alegría haciéndola prorrumpir en ruidosas carcajadas.

En cuanto á Lágrimas, se inclinó sobre el rostro de su hermanita, y lo besó tiernamente dos ó tres veces, quedándose después meditabunda y pensativa.

CAPÍTULO XV

EL PADRE

Algunos días después de la llegada de Lágrimas, se hallaba Dolores sola, como de costumbre, y lánguidamente reclinada en un sillón.

Su actitud era la de una persona que sufre uno de esos dolores sordos, lentos, que no tienen ni el consuelo de las lágrimas: hacía ya mucho tiempo, mucho, que Dolores no sabía llorar.

Milord Sheridan la asediaba más cada día: era un hombre gallardo, joven, elegante, algo frío, y que la amaba con la caballerosa ternura que es el *non plus ultra* de la pasión en la nebulosa Inglaterra.

Delante de Dolores había un velador, y sobre él un vaso del Japón, de forma artística, sostenía un soberbio ramillete de camelias y violetas de Parma.

Tendidas sobre unos almohadones morunos, riendo y gorjeando como dos pájaros, se hallaban Lágrimas y Luz.